

Nace un mito para iniciar el milenio:

el best seller “¿Quién se ha llevado mi queso?”*

Juan Tausk**

* “¿Quién se ha llevado mi queso? Cómo adaptarnos a un mundo en constante cambio.” Spencer Johnson. Edic. Urano

** Psicoanalista. Profesor de Clínica Psicológica y Psicoterapias, UBA. Mediador.

Una versión abreviada ha sido publicada en Clarín . Marzo 18,2001

Malabia 2274 10° C (1425) Capital.

Tel 4 864 5742; 4 831 1768

E mail: jtausk@sinectis.com.ar

Primero en ventas, con diez mil ejemplares vendidos por mes y 10 millones en los EEUU, se propone como un nuevo mito para explicar porqué la gente pasa penurias y cómo ‘transformarse’ para ser parte de la ‘elite’ que triunfa sobre ellas. Esta nota pretende entender porqué ‘prende’ masivamente y proponer una discusión sobre valores y la condición humana.

Las transformaciones de las costumbres, modos de vida, valores y condiciones de convivencia así como la noción de subjetividad misma han tomado una aceleración desconocida en la historia de la humanidad. Pese a que los medios de comunicación hacen más accesible la información, pareciera que los individuos entendemos menos la realidad.

Sin embargo, el ansia de que las cosas posean un sentido es irrenunciable a la condición humana. Es por ello que cada época reclama la construcción de mitos que la expliquen, la hagan aceptable y tolerable para los sujetos que la habitan, y sobre todo sean una promesa en épocas de decepción. Se los construye a montones, pero hay pocos que son tan eficaces como éste para producir una convicción colectiva.

Tales mitos responden a la necesidad de tener argumentos que ayuden al hombre a tolerar y adecuarse a cambios traumáticos que exceden su capacidad de procesarlos. Nuestra fábula se dirige a la creciente pérdida de oportunidades y empleos y al desconcierto respecto de los valores.

El libro se propone convencer que el sufrimiento tiene un sentido y se lo debe aceptar con alegría como lo mejor para uno. Sólo así se podrá transformar y salvar. El futuro entonces no solo es mejor, sino hasta una garantía de felicidad para el hombre de fe. Al menos de fe en la nueva parábola: “¿Quién se ha llevado mi queso?” de Spencer Johnson. Si no lo lograra, será su responsabilidad y a nadie podrá reclamar sino a sí mismo.

Iniciación al mito

Se presenta siempre en el momento ‘justo’ como un relato sencillo que no cuesta leer, con una sola voz sin acordes ni disonancias, que explica ‘negro sobre blanco’ de modo definitivo y sin lugar a controversias las enseñanzas con las que pretende iniciar y ‘transformar’ al lector.

Para ello la transmisión oral es imprescindible o en su defecto la misma introducción del libro y las citas de importantes personajes que revelan de cómo les ha cambiado la vida, e incluso ‘salvado’ su carrera, matrimonio o vida, se ocupan de instalar el clima para una complicidad iniciática. Pareciera una versión atea de los testimonios de salvación que la televisión nos impone. Pero no, es otra religión, aunque pequeña. Pero ello depende del ‘feedback’ de la feligresía incipiente.

Hay empresarios que se reúnen para leerlo y meditar juntos y hasta mi ‘canillita’¹ insiste en que me lleve el libro como lo hace todo el mundo. Mientras me asombro que en una ciudad balnearia sea el que más se venda, la librera me pregunta si su lectura me

‘transformó’. Evito una charla de iniciados en el mismo momento que una jovencita me entrega un volante que coloco dentro del libro, y que reservamos para el final.

Vayamos al relato.

La fábula

Dos ratitas poco conversadoras conviven con dos humanos pequeñitos en un laberinto. Comen a gusto queso de un depósito hasta que se acaba. Fin de la ilusión. Las ratas salen con su inteligencia ratonil a buscar su queso. Los humanillos sufren y se comportan como tales hasta que uno de ellos, nuestro héroe, sale a la búsqueda. Cuando se puede reír de sus actitudes ante el sufrimiento, comienza a soportar la incertidumbre y frustración decide lanzarse por el laberinto. Descubre una serie de verdades que quedan inscriptas en las paredes del laberinto para que el lector pueda ordenar su cabeza. Por ejemplo: que dejando el miedo atrás uno se siente libre, que las viejas creencias obstaculizan la acción y que perder una vida tranquila y rutinaria lleva a cambiar de actitud vital. Eso lo hace más feliz que el queso mismo dado que la transformación espiritual se torna el paso necesario para encontrar lo deseado: montañas de queso, sin faltar el ‘brie’ a punto. Por suerte el otro humanillo, un antihéroe, después de sufrir todo lo que pudo, también descubre la verdad, aunque a regañadientes. Los incrédulos tardarán un poco mas, pero también llegan al queso.

Moraleja: no te quedes en lo que tenías como si fuera eterno y merecido. La ‘taba’² se te puede dar vuelta y te puedes tornar en un neurótico inútil reclamando a algún orden supremo por tu infortunio. Mas bien deberás soportar la precariedad y los riesgos del vivir y ponerte en marcha. Casi una versión elemental de la condición de inermidad de todo ser humano al nacer, que deberá encontrar su lugar en el mundo mas allá de la teta y el abrazo materno, para entender que frente a las contingencias de la vida, no hay padre seguro ni hay garantía suficiente. Creación y destrucción, amor y dolor: no queda sino asumir la mortalidad que nos toca.

¹ Denominación del vendedor de diarios y revistas en Buenos Aires.

² Popular juego gauchesco en que gana el que al lanzar un pequeño hueso de vaca , éste cae bien y no ‘de culo’.

Moraleja que no carecería de realidad, si no fuera que desliza otras cosas por debajo de la puerta. Allí vamos.

La fauna del laberinto

El laberinto es, acorde al autor, el equivalente de la vida misma: social, económica y familiar. Es un soporte real que no se interroga pues se lo da por hecho y necesario, sin embargo es una construcción, que tiene una historia y una estructura. ¿Quién armó el laberinto y para qué? Hay una Central Quesera bien provista, ¿por qué se acaba? y ¿quién la instala? Todos finalmente llegan a otra Central mucho mejor provista. ¿Todos?

Las ratitas se proponen como un equivalente del individuo que no piensa, insensible y carente de principios, no va sino detrás del queso.

Nuestro antihéroe, el hombrecillo pobre de espíritu, condensa en su persona toda una suerte de padecimientos: desconexión de la realidad, queja con un tinte paranoide ante la injusticia del destino, autoincriminación por haber fracasado, vacilación e inhibición para la acción y el pensamiento, depresión, impasibilidad, insomnio, afecciones corporales, enojo o ira: algunos de los padecimientos que una investigación que dirijo en la UBA sobre pérdida de empleo y aparición de afecciones psíquicas, y trastornos sociales y en la vida familiar va demostrando.

Incluyamos a otros personajes. La multitud de caídos en desgracia que caminan y caminan por los pasillos de un infierno dantesco, habiendo perdido mas de lo tolerable, no encuentran sino migajas y un futuro de fracaso. ¿Son los mas? Dado que no pueden transformarse lo suficiente, ya la culpa de su fracaso caerá sobre sus propias espaldas.

El queso, acorde a la introducción, es una metáfora de lo deseable y por ende puede ser sustituido por lo más diverso, lo que uno quiera tener porque ‘cree que le hace feliz’: trabajo, amor, libertad interior y si prefiere jugar al golf o ir a la ópera. Nunca hablar de que hay sujetos a quienes el queso que los hace felices es un deseo miserable y maligno, de destrucción del otro y abuso cruel. Retenga esta idea junto con el volante y dejemos también en el laberinto a esas ratas de albañal.

En cambio nuestro héroe contemporáneo, dado que por suerte deja de pensar en lo viejo, pues eso lo aleja del queso nuevo, se concentra en imaginar el aroma del mismo- eso ayuda a encontrarlo, enseña- y por ello llega a buen destino. Queda claro que al que se transforma, a la corta o a la larga, hay una Central Quesera maravillosa esperando

premiarlo, siempre que acepte renunciar a lo que creía tener por seguro y para siempre, sobre todo si es viejo y mohoso como las tradiciones y la memoria, o sea, un poco como usted o yo. El sujeto no debiendo ser lo que es, deberá ser otro mejor y perdiendo lo que una cultura ha sancionado como bueno o ideal, deberá sumergirse en otra. La fábula la propone y muestra el camino.

Inventando utopías

Usted lector lo habrá descubierto. Mientras que las religiones tradicionales proponen un paraíso después de la muerte, el relato lo propone en esta vida, en el horizonte al que nunca se arriba. Sólo se puede confirmar que es cierto logrando iniciar a otra persona. La nueva fe compele a dar de abreviar esas aguas a los que aún no han sido iluminados.

Para ello la enseñanza debe pasar directamente sin crítica ni análisis. Su efecto sugestivo se confirma por la sensación de éxtasis y de consustanciación con el universo. Convicción militante y misionera, no difiere de algunos estilos en política, religión o ciencia. Una verdad única y universal que se impone absoluta. Mientras dura.

En la fábula, la voluntad y el anhelo parecen mover al mundo. Por ello cuando empieza a desaparecer el queso, y de eso sabemos, aparece una reserva inmensa, desmintiendo la realidad y construyendo la ilusión. Se afirma así, que el efecto traumático de las transformaciones económicas o de las catástrofes naturales o sociales, las persecuciones, discriminaciones o dictaduras no tienen nada que ver en un relato unidimensional como el presente.

Alguien dirá que no siendo sino una fábula, no se pueden incluir todas las contingencias. Tendría razón. Pero hay que advertir que el relato sí lo pretende al intentar disolver todo amago de objeción que convocara a la duda o a la indeterminación, lo cual va a aparecer como un defecto de los personajes y en consecuencia de los lectores también, que deberán curarse por medio de una transformación. Si el defecto es interior - ‘el miedo en nuestra mente es peor que el real’, enseña Johnson- allí habría de estar la solución. Enormidad de culpa y sumisión que deslucen los cien años desde la invención del psicoanálisis.

No hay multiplicidad y concurrencia de causas y efectos, no hay espesor en la cualidad humana. Lo complejo se torna súbitamente evidente, pretendiendo cancelar el ejercicio de la interpretación y la conjetura. Un nuevo saber substituye y cancela a todos los demás, tornándolos caducos, falsos e innecesarios. Siendo las ‘viejas creencias’ un obstáculo para comprender la verdadera verdad, habrá que abandonarlas. Mas aún, se torna entonces necesaria su eliminación. De eso trata lúcidamente el marroquí/francés Gerard Haddad en Los Biblioclastas: El Mesías y el auto de fe. Es lo que lleva a la quema de libros, la destrucción de estatuas en Afganistán y las cabezas musulmanas que ruedan en Borneo.

Entonces, ¿cuántos pasos hay de la ‘picana’ a la cámara de gas?

Big Brother

Hay una presencia silenciada en la fábula: El Hermano Grande que todo lo veía y todo lo sabía, de la novela futurista 1984 de George Orwell. ¿Quién pone el queso? ¿Quién premia tanta heroica voluntad? ¿Quién arma la escenografía? ¿Quién castiga?

Lo que se pretendía presentar como natural tiene una configuración que se puede pensar y decir, o dejar en los inescrutables senderos de un pequeño dios de laberintos y quesos. Al final no era tan ateo el relato, sino que pretendía inventar una religión minimalista: de ratas y grandes simuladores.

Apuremos el trago yendo al nudo fundamental: el laberinto del cuento tiene pocos habitantes, pero a ninguno lo caracteriza la violencia, el sadismo o la transgresión de las reglas fundamentales de la cultura y la condición humana. Excluidos de la fábula, ya los hemos incluido líneas mas arriba.

Pero el lector se pregunta por el volante. Con la foto de una bella joven de 15 años, con chispas de futuro en la mirada, el texto que invita a la marcha popular de esa noche calurosa de febrero en Miramar, reclamando justicia por su violación y asesinato, rezaba:

“Natalia, no te olvidaremos y a quien te hizo esto, tampoco.”

Había que recordar, y muchos lo hacían, que los violadores y asesinos que también habitan el laberinto, acechan en las calles de la ciudad. Esas ratas de albañal también quieren su quesillo. Si leyeran la fábula, ¿les serviría también para obtenerlo?

¿Fin del mito? Ya vendrán otros.